

Las Tradiciones Peruanas de Don Ricardo Palma en la construcción de la peruanidad

Por Arnílcar Híjar Hidalgo (UNMSM)

Doctor en Antropología y Doctor en Ciencias Sociales por la UNMSM, con estudios de Maestría sobre la Amazonía peruana. Docente en varias universidades de Lima. Ha publicado diversos artículos de investigación en revistas especializadas. Es Asociado del CENDAF y ha ocupado distintos cargos como miembro del Consejo Directivo.

En este trabajo se resalta cómo el insigne escritor don Ricardo Palma Soriano (1833-1919), fue construyendo un vasto imaginario colectivo de identidades culturales para el Perú del siglo XIX, tal como él lo entendía, desde una perspectiva histórica a través de sus famosas Tradiciones Peruanas. Como bien sabemos, las tradiciones, obra máxima del celeberrimo escritor limeño, viene a ser un conjunto de narraciones de hechos históricos y populares acaecidos a lo largo y ancho del territorio peruano, y sucedidos en distintos tiempos o momentos históricos, que influyó fuertemente en la formación del sentimiento y el concepto de peruanidad.

Palabras clave: idea del Perú, construcción de la peruanidad, tradición e historia, personajes como símbolos, el idioma como unificador, territorialidad y pertenencia.

Aunque algunos de sus críticos acérrimos y otros estudiosos más neutrales prefirieron rescatar la adición virreinal y colonialista del escritor, por múltiples intereses que no vale la pena aclarar en este artículo. No obstante de ese cliché hispanófilo que se le dio como estereotipo, entre sus escritos encontramos aportes muy importantes sobre el mundo incaico, adosados de una literatura oral andina, conformando las bases de lo que hoy conocemos como folclor nacional.

La idea de Estado y Nación manejada conceptualmente por don Ricardo Palma estuvo estrechamente más cercana al pensamiento liberal de su época, que a la visión conservadora sostenida por su familia, parientes y allegados a su nivel socioeconómico. Apreciamos también la influencia que ejerció sobre su hijo Clemente Palma, (por quien renunció a continuar en la dirección de la Biblioteca Nacional cuando este fue acusado por sus polémicos panfletos políticos) joven escritor que en sus *Cuentos y Circunstancias* muestra un espíritu rebelde y cuestionador de la realidad de su época. Habría que añadir, luego de terminada la Guerra del Pacífico (1879 - 1884), la familia Palma quedó empobrecida y pasó a conformar los insurgentes sectores populares, que a principio del siglo XX, propondrían una nueva forma de identificar al Perú.

La idea del Perú

El Perú ha sido imaginado desde diferentes ópticas, pensamientos e intereses particulares de sus actores. Desde poco antes de la conquista (1527), iniciada en Panamá por la soldadesca conquistadora¹, se imaginó al Perú (*Birú* origen del término) como un lugar de inagotables riquezas, que por desgracia se confirmó con las ingentes cantidades de oro y plata llevadas por los españoles a las arcas reales de España, después de la captura y muerte de Atahualpa (1533). Pero los hispanos no solo trajeron el milenarismo o el mesianismo (bíblico) a América como forma de dominación psicológica, sino, crearon una utopía de la "tierra del oro" (el Dorado, el Paititi) del Perú, que impulsó la aventura, el pillaje y la conquista, tanto en los Andes como en la Amazonía.

1 Sobre el origen del nombre de Perú, revisar los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega y "El nombre del Perú" de Jorge Basadre.

Entre los siglos XVIII y XIX fueron viajeros, científicos y aventureros europeos quienes conformaron la imagen internacional del Perú y de los peruanos². En un interesante artículo titulado “El rostro de una nación”, Deborah Poole (1996) cita un libro publicado en 1854 por Manuel Atanasio Fuentes, donde acongojado el autor escribe en su prólogo: “que frente a las imágenes que los extranjeros hacían del Perú, como bárbaros, poblado de indígenas y sumamente atrasados”, mostraba a través de fotos y litografías imágenes de un Perú, donde se reconocía a una Lima tan moderna como París o Londres, y una geografía social no solo habitada por indios con plumas y flechas, sino también había personas “decentes, cultas y blancas”.

La idea de Perú fue forjada, primero, desde una visión externa, casi desde el momento mismo de la conquista en 1532 por los españoles y de allí se difundió a toda la Europa mediante los informes de virreyes y visitadores, clérigos y cronistas. Por otra parte, hubo una visión interna que se manejó a partir de la independencia del Perú en 1821, donde los criollos, si bien en sus declaraciones y panfletos emancipadores incluían la imagen del indio y de lo indio, estos más bien en la vida práctica fueron totalmente marginados y excluidos de las funciones del Estado (Adrianzen, 1986).

La independencia instauró un Estado excluyente de otras razas o pueblos diferentes a la cultura occidental de los criollos, herencia política que posteriormente fue proseguida durante la república por los gobiernos militares y la aristocracia feudal. Aquí habría que incluir, la visión popular del Perú, que se fue gestando lentamente hacia finales del siglo XIX, casualmente a partir de las publicaciones de las *Tradiciones Peruanas* de don

2 Para mayor información leer: *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú*, de Estuardo Núñez, editado por la URP, 2013.

Ricardo Palma, que incentivó el sentimiento de peruanidad y el amor al Perú, entre sus lectores.

Esa visión de Estado-Nación después fue continuada por los movimientos indigenistas de principios del siglo XX en sus diferentes manifestaciones (jurisprudencia, música, pintura, literatura, teatro, etc.). También, los primeros estudios del folclore nacional se hicieron por causas del avivamiento de un sentimiento regional y anti centralista de la intelectualidad provinciana en contra de su par limeño, que por flujo natural o tendencia de la moda misma. Las propuestas políticas de tinte popular de Haya de la Torre, Mariátegui, V.A. Belaunde y otros intelectuales de 1930 sobre la realidad nacional, y la presencia de una economía global marcada por una modernidad como forma articuladora de la producción capitalista, mellaron las antiguas bases de auto subsistencia económica de las haciendas y por contigüidad, su forma anacrónica de pensar el futuro de la república peruana.

Sin embargo, habría que señalar la primigenia visión del Perú, tal como lo entendió don Ricardo Palma, que no estuvo lejos del liberalismo criollo, ni muy cercano tampoco de aquel conservadurismo de la oligarquía de su tiempo. Creo más bien poder ubicar su postura en una especie de incipiente nacionalismo popular ilustrado criollo, que intentó fusionar las diversas vertientes de la historia peruana, dándole así un sentido nuevo al mestizaje, un sentimiento de peruanidad a partir de la recopilación de una variedad de narraciones tradicionales e históricas, en base del acopio de cuentos populares y refraneros de antiguallas conservadas en la memoria colectiva de una población ignorada.

Para don Ricardo Palma, el concepto de nación peruana, debía incluir “a todas” las personas del territorio nacional sin importar su procedencia geográfica (costa, sierra o selva), su

situación económica, su posición social o el color de su piel. El Estado Peruano, no tenía por qué ser excluyente de los “otros” peruanos, ni exclusivo de algunos pocos sobre los demás; sino, debería de ser general, integrado, total. Por tanto, frente a esta situación anómala, la nación peruana había que construirla inteligentemente, a partir de un vasto imaginario narrativo que concatenase las historias disímiles del Perú antiguo y las crónicas de un Perú moderno.

La construcción de la peruanidad

Según Ernest Renau (1986), las naciones son entidades espirituales, comunidades que existen mientras están en la mente y los corazones de las personas, y se extinguen cuando ya no son pensadas ni deseadas. En efecto, las naciones se basan en la formación de una conciencia nacional al reconocer una historia común, una territorialidad, un idioma o una religión como propios.

Benedict Anderson (1996), definía a una nación como una *comunidad imaginada*, porque dos personas alejadas por miles de kilómetros nunca podrían conocerse mientras tuvieran vida, pero sin embargo, ambos se consideraban compatriotas o se *imaginaban* partícipes de una misma comunidad. Hagen Schulze (1988), en su *Estado y Nación en Europa* planteaba casi lo mismo, pero enfatizando la complejidad de la composición de las nacionalidades; es decir, la heterogeneidad de sus componentes étnicos, religiosos o lingüísticos.

Para Narda Henríquez (1996), la independencia de las colonias españolas estuvo atravesada por influencias de su época al momento de la creación del proyecto de nuevos estados, antes, de considerar tendencias de supervivencia de las tradiciones de una nación o entenderlas por las tensiones internas entre el

pueblo y las clases directrices. Los Estados se ubicaban en un contexto marginal de democracia o en la cómoda continuidad de los regímenes dictatoriales del pasado.

En el caso peruano, la independencia criolla fue un proyecto nacional que además de excluir al indígena, no buscó una historia común que englobara los distintos intereses de los otros estamentos sociales. Las declaraciones líricas o retóricas hechas sobre el milenar aporte de la *cultura incaica*, se avivará por efectos de la coyuntura política recién a mediados del siglo XIX (1835), frente al proyecto que pretendió instaurar la Confederación Peruano-Boliviana, que suponía enarbolar una visión popular o al menos distinta a la propuesta aristocrática criolla de aquel entonces (Méndez, 1992).

Jorge Basadre (1982) señalaba con acidez crítica que no hubo una clase directriz en el Perú, capaz de forjar una nación unitaria aunque esta fuera plenamente burguesa, que rompiera con los pretéritos segmentos étnicos en su afán de recomponer una identidad nacional totalmente fragmentada. Ni los antiguos criollos de la gesta de la independencia heroica, ni la rancia aristocracia asentada en el poder junto a los caudillos militares de turno, tuvieron el interés de forjar un nacionalismo que concluyera en una idea cabal o precisa de un Perú integrado. La pérdida de una parte del territorio del sur peruano como colofón de la guerra con Chile demostró esa falencia militar, esa visión geopolítica y esa necesidad ideológica de construir un sentido de nación y un sentimiento de peruanidad entre los peruanos.

Por el contrario, el vaivén histórico de los virulentos caminos de la política nacional profundizó la idea de la existencia de dos “Perúes” diferentes y hasta antagónicos (Matos Mar, 1984): lo criollo o moderno por una parte, y lo tradicional andino por otra parte, en constante desazón y enfrentamiento en los diferentes

espacios socioculturales, promoviendo de esta manera, lo que Marisol de la Cadena (1991) llamó: “el racismo silencioso” en el Perú. Pero fue Matos Mar quien mejor reflejó en su *desborde popular* (1984) la fuerza de esa ingente masa de migrantes andinos, configurando una nueva geografía social de Lima y de la cultura del nuevo limeño, aún inconcluso en su final.

Ricardo Palma, muy tardíamente, se dará cuenta de que las permanentes rebeliones militares y las constantes asonadas caudillistas de su época no conducían a una eficaz instauración de un ideal nacional o de un sentimiento de peruanidad entre sus propios seguidores o milicianos; por el contrario, la acción desesperada por parte de los militares por sucederse unos a otros en el poder político, permitía más bien, una enorme secesión sociocultural de la población civil y anulaba a la vez, los débiles esfuerzos iniciados por el Estado en su propósito de imponer su real presencia al interior de los poderes locales (haciendas).

Fiel a su poca intervención en las contiendas políticas (Senador por Loreto, cónsul en Chile, funcionario del Ministerio de Guerra y Marina), don Ricardo Palma prefirió alejarse de ese barullo golpista o conspirador que no dejaba de ser tentador, y desde su cálido escritorio de hogar se propuso construir un imaginario general del Perú que amaba y de la peruanidad que deseaba enaltecer. Basado en el acopio de un conjunto de tradiciones ancestrales, en un sin fin de historias compartidas en común, en el enervamiento del sentimiento de pertenencia territorial y de una lengua unitaria: el castellano, fue esbozando la futura peruanidad.

Tradición e historia

Don Ricardo Palma buscó insistentemente crear una conciencia nacional y exacerbar un sentido de orgullo nacional más allá de

los conflictos de los diferentes estamentos sociales. Si bien fue consciente de la existencia de un Perú pensado desde la mirada de una oligarquía criolla sumamente exclusivista, sabía también de la fuerte presión de una mayoría de ciudadanos aspirando conocer lo que era el Perú como país y de otros que lo ignoraban por completo (fronteras amazónicas). Los indígenas de esa época al parecer creían que el Perú era un señor potentado sobre los demás hacendados. Había expresiones como: “el señor gobierno”, “el señor república” o “el señor Perú”, su identidad era local y su lealtad estaba generalmente vinculado a algún caudillo regional.

Los afrodescendientes, otro sector marginado y explotado históricamente, extendido a lo largo del litoral costero, vivían especialmente en los poblados del sur de Lima (Cañete, Chincha, Ica), ignoraban sus potencialidades y posibilidades de ser parte de la nación peruana. Salidos muy recientemente de la esclavitud o *padrinazgo* oficial durante el mandato del general Ramón Castilla (1854), constituían una gran parte de la población del sector urbano de la capital. Basaron su identidad cultural en la tradición popular criolla combinada con ciertos rezagos de elementos culturales propios, ofreciendo sus lealtades finalmente al poder criollo y desde allí supieron contribuir con su música, danzas, comidas, etc. a lo que hoy llamamos el *criollismo* cultural peruano.

Más bien, los inmigrantes de descendencia asiática (culíes) nacidos en el territorio peruano, en poco tiempo supieron creativamente insertarse a la vida nacional con sus aportes culinarios (chifas) y el comercio de una serie de productos exóticos (pulperías). Las generaciones posteriores tuvieron un mayor interés de participar en las cuestiones nacionales. Dentro de este rubro (nacionalizaciones) podemos incluir también a los descendientes europeos (italianos, alemanes, etc.) con su bagaje cultural enriquecieron la cultura peruana

y que años más tarde serían los principales actores en el flujo de los negocios internacionales y en la consolidación de la economía peruana.

Otro sector, influyente y emergente a la vez, fueron los diversos tipos de mestizos residentes en las ciudades, que se beneficiaron enormemente de la instrucción pública al acceder a la educación primaria, en comparación de los demás grupos sociales carentes de oportunidades. Su campo laboral al igual que los blancos empobrecidos o familias nobles caídos en desgracia económica, fueron los diferentes estamentos del estado. Además, las zonas urbanas estaban pobladas por criollos de clase media vinculados a la administración estatal. Ambos sectores sociales medio siglo después (1930) constituirían las bases principales en la formación de partidos políticos de raigambre popular (APRA, PCP).

Negros, indios y chinos eran prácticamente analfabetos porque no fueron incluidos dentro del sistema de educación nacional. La tradición oral se convirtió así en un medio importante de comunicación y de entender el pasado inmediato. El reavivamiento del sentimiento de peruanidad vendría a través de la difusión de cuentos populares y personajes colectivos estrechamente ligados a la memoria cultural. La transmisión verbal fue el instrumento generalizado entre las poblaciones iletradas de la costa, los andes y la selva, mientras que las cartas y los telegramas lo hacían en las ciudades y las haciendas.

Por otro lado, los sectores letrados o educados académicamente, forjarían también su sentimiento y su identidad de peruanidad mediante la vía escrita; es decir, a través de la lectura de los libros de historia preparado por historiadores de las clases altas y del consumo de obras literarias reconocidas (la lectura ha sido un vehículo de pensar las nacionalidades en algunos países), que permitió entender el Perú de su época y crear

un ambiente de nacionalidad o al menos de una conciencia nacional incipiente (Manrique, 1980; Bonilla, 2001).

Don Ricardo Palma, desde la perspectiva de su pluma literaria le dará un nuevo sentido al concepto de *lo peruano* y un giro atemporal al *sentimiento de peruanidad*, hasta entonces entendida solo por las élites intelectuales y las capas aristocráticas del poder criollo ilustrado. Concienzudamente irá construyendo una lectura de la historia del Perú a partir de la edición de sus *Tradiciones Peruanas*, sustentándolas con evidencias escritas, folios extraídos de los archivos y manuscritos de la Biblioteca Nacional.

La historiografía oficial de la época y las crónicas escritas de su tiempo no prestaron mayor atención de las cosas o de las expresiones que emergían de los entornos populares. La identidad cultural en esta etapa de la república estuvo sumergida mentalmente en los resabios coloniales. Las cosas modernas de origen popular surgidas en las periferias de las ciudades o las literaturas andinas transmitidas de generación en generación por vía oral, lograron llegar tardíamente a los claustros académicos no pudiendo cuajarse como propuestas de estudio. Incluso hasta en los sectores más altos de la sociedad peruana se comentaba sobre estos estilos de vida plebeya. En la población existía un clima de opinión favorable hacia los imaginarios populares, que Don Ricardo Palma supo plasmar idóneamente en sus *Tradiciones Peruanas*, dándole así un sello de nacionalidad a la inspiración popular; más que a lo propio o personal de sus escritos.

De esta manera presenta la secuencia de un Perú cronológicamente establecido en tres grandes momentos históricos: un Perú antiguo o incaico, un Perú virreinal, un Perú moderno o actual, unidos por una serie de sucesos históricos y de actores de diferentes orígenes en una aparente línea cultural de tiempo. Por tanto, piensa en un Perú unitario desde un remoto pasado

incaico, ilustrando historias como la del inca Mayta Capac en el año 1180, o “La Achirana del Inca”, sobre la visita que realizara Pachacutec en 1412. Un mundo virreinal, conteniendo cuentos como: “Carta Canta” de 1558, o la “Aventura del Rey Poeta” de 1618, o narraciones de la etapa republicana: la “Mujer-Hombre” de 1808 o el popular cuento de “Pan, queso y raspadura” sobre la batalla de Ayacucho en 1824.

Las *Tradiciones Peruanas*, por su gran contenido histórico, muy pronto se convirtió en casi una lectura obligada en los centros educativos, colegios, parroquias, escuelas, universidades, y en los patios principales de las casas haciendas, donde el público se arremolinaba alrededor de un orador, que en voz alta leía las narraciones, para quienes lo escucharan pudieran replicarlos en casa junto a sus hijos y familiares. La meta era seguir construyendo un imaginario nacional del Perú o al menos despertar un sentimiento de conciencia nacional en la niñez y entre las nuevas generaciones de peruanos posteriores a la nefasta Guerra del Pacífico.

Personajes como símbolos

Al crear una historia común que pueda integrar a todos los estratos sociales a través de la lectura de sus *Tradiciones Peruanas*, don Ricardo Palma sugería símbolos y memorias unificadoras mediante las características peculiares de los personajes de sus narraciones. Por ejemplo, abundan historias de clérigos, pecadores y santos, los hay también de reputados arzobispos hasta curas de parroquias casi desconocidas, como lo demuestran algunos de estos títulos:

- Una excomunión famosa de 1561, historia de un cura de Lima que condena a un español por haber sustraído unas matas de olivo.

- Historia del Arzobispo Loayza y del clérigo avaro.
- La historia del coronel Fraile Bruno Terreros, franciscano que en 1822 se volvió montonero frente a los abusos de los realistas, pese a ser un antirrepublicano, dio origen al refranero popular: "Fraile Coronel, líbrenos Dios de él".

Había personajes de la nobleza inca y caciques poderosos, como podemos apreciar en las narraciones del "inca ajedrecista" referido a Atahualpa en 1532 o el suicidio de un famoso cacique por mantener su orgullo, en 1640.

Los personajes escogidos por don Ricardo Palma le trajeron más de un dolor de cabeza, sus cuentos resultaron incómodos para los clérigos de su época, que en muchos casos intentaron acusarlo de blasfemo, pero no prosperaron. Por otra parte, los militares temerosos de perder su poder de control político sobre el pueblo, insinuaron en ocasiones, ese afán de instigar a la plebe mediante sus narraciones. Finalmente, la aristocracia reaccionaria denunciaba entre tertulias de café de media noche, la intencionalidad de sus escritos espurios y peligrosos. Sin embargo, no se rehusaron de leer las *Tradiciones Peruanas*, ni impidieron su circulación en el sistema educativo. Palma seguía reconstruyendo la Biblioteca Nacional, era reconocido internacionalmente y casi intocable.

En realidad, las *Tradiciones Peruanas*, fueron pensadas, no necesariamente para satisfacer los intereses educativos o los gustos literarios de los grandes potentados, aristócratas, sacerdotes o militares; sino, para ser acogida por el pueblo llano quien mejor sabía de lo que acontecía en su realidad histórico cultural. Palma convirtió esa opinión pública o popular que navegaba entre la memoria colectiva de la gran mayoría de ciudadanos, en una conciencia nacional y en un sentimiento de peruanidad que tuvo un relativo éxito luego del fracaso del conflicto con Chile.

Había también una serie de personajes ficticios que el pueblo lo asumía como real. No faltaron narraciones con la presencia del “diablo”, “la llorona”, “la viuda negra”, “los duendes”, “las brujas”, “los condenados”, “los fantasmas”, etc., recurrentes en el imaginario popular. Rescató también dichos y cuentos regionales de diversos lugares del Perú, aquí algunos como:

- “Soy camanejo y no cejo”, referido a la terquedad de los arequipeños.
- “El manchaypuito”, historia de amor de un cura español con una indígena cusqueña, que luego de muerta la desentierra y la profana en un acto de amor y necrofilia.

Los protagonistas de sus cuentos no solo se ubicaron mayoritariamente en el ámbito limeño; es decir, actores preeminentemente españoles, virreyes, curas, militares, oficinantes, mulatos, cocheros, cocineros, curanderas, etc., sino que abarcó también otros remotos lugares del Perú: la costa norteña, los andes del sur, aldeas y lugares que ni siquiera aparecían señalados en el mapa geográfico de aquel entonces. El cuadro de personajes de sus narraciones fue variado, atípico y sobre todo, populares en sus características bio-físicas o culturales.

Palma había recogido desde su mocedad y como él mismo reconoce en sus memorias, la historia contada por sus abuelos maternos que eran mulatos³ y de las antiguallas versiones de sus ancianas vecinas. Podemos concluir diciendo que las *Tradiciones Peruanas* encerraban todo el bagaje cultural del Perú de aquel entonces, y que por primera vez, la historia del Perú

3 Para más información sobre la negritud de Palma, consultar el interesante artículo de Oswaldo Holguín Callo: “Ricardo Palma y la cultura negra”, publicado en la Revista virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com.

se encasillaba sistemáticamente a través de un conjunto de cuentos y narraciones, que permitía al común de los lectores y de la gente no letrada, tener una mejor idea de lo que era el Perú, por lo menos, culturalmente.

No cabe duda, nuestro tradicionalista presenta la figura de un Perú múltiple, sumamente variado, de un crisol de razas a través de sus personajes icónicos, supersticiones parecidas y mezcladas, indios, negros, chinos, blancos, pobres, ricos, expoliaciones, abusos, crímenes, pasiones, nombres y lugares históricos, geografías, ríos, toponimias, fechas, anónimos y personas con nombres y apellidos. En suma, un Perú verdaderamente histórico, un Perú de todos y que incluía a todos, un Perú reflejando todas las sangres entremezcladas, que le sirvió para acuñar la inolvidable frase de: “el que no tiene de inga tiene de mandinga”.

El ciudadano que vivía en Tacna (al sur del Perú) y otro en Tumbes (al norte del Perú) aun sin la posibilidad de nunca conocerse personalmente, a la vez podían imaginarse compartiendo un Perú colectivo y desarrollar un sentimiento de peruanidad o de pertenencia; no en mención al lugar de su origen o al registro natal de su partida de nacimiento, sino, sobre todo, debido a una historia común contenida en las *Tradiciones Peruanas* de don Ricardo Palma.

El idioma como unificador

Anderson (1996), señalaba que el idioma jugó un papel muy importante en la formación de las naciones modernas de Europa; es decir, los nuevos estados requerían la unificación territorial mediante una lengua en común. Por eso impusieron un idioma como lengua oficial (inglés, francés, alemán, etc.) en relación a otras lenguas locales que se hablaban todavía. Sin

embargo, tampoco se convierte en el único indicador posible para la formación de las nacionalidades, sino como podríamos explicarnos la independencia de los Estados Unidos o la comunión de varias lenguas en Suiza.

Don Ricardo Palma escribió sus primeras tradiciones peruanas entre 1870 y 1879, bordeando ya los 40 años. Su idioma natal fue el castellano, no sabemos si conoció otros idiomas aparte de su lengua materna, pero si estamos seguros que ignoró los idiomas nativos del Perú. A pesar que incluyó una gran cantidad de cuentos indígenas, no aparecen versos o traducciones en quechua entre sus escritos.

Su educación fue plenamente criolla o hispanizante, a pesar de su ascendencia negra por filiación materna, poco fue la influencia que ejerció en su identidad. Pero no obstante los rigores de la formación familiar paterna, supo desde su juventud tener otras lecturas sobre el Perú. En un pasaje de su vida cuenta mientras hacía su servicio de contador en una nave de la armada peruana, naufragó en las costas de Arequipa, siendo rescatado por los pescadores y campesinos. En el lapso de ese tiempo que vivió entre ellos (restableciéndose de una grave herida en el muslo) escuchó un sin fin de narraciones e historias de los pobladores, quienes se las transmitieron en perfecto castellano.

Sus viajes por las costas peruanas le permitió darse cuenta de que el vehículo de comunicación más usado era el castellano, y que si bien el quechua era hablado en gran parte de los andes por una gran mayoría de nativos, estas diferían de un lugar a otro de acuerdo a las formas de entonación produciendo un disímil lenguaje. Además, los indígenas hacían un uso perfecto del castellano para sus transacciones económicas. De esta manera creyó que el medio unificador de la peruanidad sería el castellano, no solo por ser el idioma oficial o de la administración

estatal, sino, porque cada vez se imponía comercialmente y era la única manera de publicar cualquier texto.

Ricardo Palma estuvo convencido de que el castellano como idioma oficial se extendería por todo el territorio nacional a través de su enseñanza obligada en las escuelas públicas. Lo consideró como un instrumento importante de comunicación que se multiplicaba rápidamente entre los sectores populares de la urbe limeña, al igual que entre los extranjeros radicados en el Perú. El quechua, el aymara u otras lenguas originarias, si bien era hablado aún por un alto índice poblacional, todavía no se había materializado en publicaciones concretas (libros, textos, etc.) o no fueron editadas obras de importancias singulares (periódicos, obras literarias). Esto en parte se lograría recién con la formación de los grupos indigenistas y sus actividades reivindicativas de principios del siglo XX.

Según Palma, era a través del uso del castellano o del español como mejor se podía transmitir en los grandes sectores populares y en los grupos aristocráticos, los nuevos conceptos de peruanidad y a la vez, la formación de una conciencia nacional entre la gente. Además, le permitiría exponer sus narraciones por extrañas que sean con un mayor estilo y rigor literario. En efecto, el castellano como proceso de socialización en las grandes ciudades, era aprendido por la masa migrante (asiáticos, europeos, andinos, afro descendientes, etc.) de forma obligatoria por las mismas circunstancias cotidianas. Aunque su difusión escrita fuera limitada para el ámbito letrado, no fue óbice para que la gran mayoría pudiera tener acceso a los comentarios verbales de los eruditos o de los "cuentacuentos" populares. El castellano se convirtió en un vehículo masivo de información y conocimiento. La idea de nacionalidad, nación o peruanidad se vehiculaba a través de la expansión del idioma oficial: el castellano.

Territorialidad y sentimiento de pertenencia

Ricardo Palma no se preocupó en debatir con sus detractores o afines, de si la nación peruana debería tener un referente eminentemente indígena, ni se dejó influenciar por aquellas voces que la visionaban como una nación hispanizada. Tampoco se acercó demasiado a la corriente de pensamiento de creer en un Perú moderno al estilo europeo, influyente en el mundillo político de aquel entonces. Más bien, con bastante tino, supo inclinarse por un Perú nuevo, una nación basada en la peruanidad, creer en el discurso de la territorialidad como mecanismo de “querencia” cultural y de la forja de un sentimiento popular de pertenencia frente a una historia concebida para un solo sector social, los criollos.

La élite de intelectuales (conservadores del pasado virreinal) se sentía mucho más cercana de España que de cualquier provincia vecina a la ciudad de Lima. Con justa razón, Basadre, señalaba que esta clase social que dirigió el Perú de esa época, careció de la capacidad de formar un nacionalismo peruano, debido a que nunca se identificó plenamente con lo peruano. El Perú para ellos, solo era un espacio de producción económica, pero no un lugar propicio para hacer una vida como parte de una identidad de patria.

Los criollos liberales imbuidos en el pensamiento del librecambismo veían a Inglaterra o Francia (países industrializados) como modelos óptimos a seguir. Sin embargo, su propuesta nacional de incluir a los “otros” sectores sociales también como ciudadanos fracasó frente al predominio de poderosas fuerzas retrógradas del clero, el conservadurismo plutocrático y de la influencia del militarismo de su siglo. El liberalismo criollo se sumergirá posteriormente en un modernismo ilustrado, que después daría origen a una clase mercantil enfrentándose al antiguo sistema de las haciendas,

especialmente en el norte peruano a través de la Bohemia trujillana, El Grupo Norte y el APRA auroral del siglo XX.

La peruanidad de Palma tiene como referente el concepto de territorialidad. Primero, ubica al Perú en sus múltiples ambientes, lo que podríamos hoy llamar geografía social o cultural. Hay una costa acriollada poblada multirracionalmente provista de cierta modernidad, una serranía heteróclita sosteniendo una tradicionalidad avasallada por los cambios sociales y una selva ignota habitada por grupos étnicos aún por integrar. Los nacidos en esos lugares, no importando su raza, color o condición social o económica, eran peruanos.

Es decir, el acceso a la tenencia de una *identidad* dentro de una comunidad determinada se daría por un derecho natural, y su subsecuente *pertenencia* como tal, se determinaría por el simple hecho de nacimiento. Segundo, en el imaginario popular había que graficarles los cuentos y las historias describiendo la geografía o los lugares de procedencia. Así, de esa manera, un lector limeño podía saber de qué lugar provenía el cuento o en qué tiempo había sucedido, naciéndole una “identidad global” hacia lo peruano y un sentimiento de pertenencia a toda una nación que todavía no conocía bien.

Nadie se identifica con lo que no conoce reza el dicho. Es natural más bien, que sobre lo conocido surjan diversas formas de identificaciones y querencias. Palma brindaba esas posibilidades a sus lectores a través de la ubicuidad de los hechos acaecidos en tiempos específicos, y de la imaginaria descripción que hacía de la geografía peruana. Les otorgaba un sentido de territorialidad y pertenencia, el arraigo de un nacionalismo popular acervado por las narraciones de las *Tradiciones Peruanas*. De esta manera, hubo un surgimiento paulatino de un sentimiento de pertenencia, más allá de la querencia o de la

vida cotidiana local; en otras palabras: se inició la apropiación espacial del imaginario territorial de toda una nación.

Colofón

Si nos dispusiéramos a hacer una lectura de los seis tomos de las *Tradiciones Peruanas* de don Ricardo Palma, bajo la perspectiva de la interculturalidad, encontraríamos el hilo conductor de una historia popular peruana construida para la formación de un sentimiento de peruanidad. Sabiamente, Palma unió la tradición como referente del imaginario popular con datos históricos extraídos de crónicas y archivos, dándole así un mayor peso de autenticidad. Pero al margen de las críticas de si las narraciones fueron reales o ficticias, la idea central, fue que don Ricardo Palma propuso una nueva forma de pensar el Perú, más bien diría de “conciliar el Perú” desde una óptica alejada de las clásicas visiones criollas o indígenas.

El Perú, para don Ricardo Palma, no fue una nación simplemente criolla o una nación determinadamente indígena, más bien, se hizo una nación pujante y nueva, construyéndose bajo la cotidianeidad de una modernidad no clásica, entre las coyunturas históricas de un formidable mestizaje y de un protagonismo popular de sus propios actores: los pueblos y sus gentes.

De esta forma, abre un camino para entender que el Perú como nación, es una unidad desde el espacio remoto de los incas por su legado territorial, hasta la herencia social y cultural de la colonia, acrisolándose en el siglo XIX, como una peruanidad popular; es decir, plural. Intentó crear un sentimiento de nacionalismo en base a los aportes culturales de los imaginarios de todos los pueblos del Perú. Utilizó el castellano como un vehículo unificador porque vio su predominio futuro y su

dimensionalidad fáctica en las escuelas públicas, especialmente, en la formación de esa peruanidad reclamada por siglos.

No podemos ignorar que el “nacionalismo” peruano o mejor dicho el “peruanismo”, descansa en dos pilares:

- Las tradiciones de don Ricardo Palma, que revaloró la cultura popular criolla urbana y
- La cultura andina base del actual folclore peruano.

La suma y la combinación de ambas vertientes, sin duda, abren nuevos espectros en la formación de una identidad cultural peruana y nos brinda una lectura novedosa de entender la peruanidad actual, desde la propuesta interpretativa de la interculturalidad.

Quiero concluir, con algunas interrogantes que me permitirán más adelante buscar las respuestas necesarias, porque considero este trabajo todavía no concluido, más bien diría, hecho de forma preliminar y volveré a ello las veces que me sea conveniente: ¿solo podemos pensar la nación, el nacionalismo o la identidad a través de la óptica “de la diferenciación” y “el conflicto”? o ¿también podemos encontrar en la “conciliación” y en la “variedad”, enfoques que nos permitan pensar en lo mismo? No se ha agotado todavía la imaginación de pensar o de reconstruir las nacionalidades a través de las *Tradiciones Peruanas* de don Ricardo Palma Soriano.

Referencias bibliográficas

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Barcelona, Alfaguara, 1996.

ADRIANZÉN, Alberto. *Formación del Estado peruano*. Lima, Fondo Editorial de la PUCP, 1999.

BASADRE, Jorge. *Las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1982.

BONILLA, Heraclio. *Metáfora y realidad de la independencia del Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2001.

DE LA CADENA, Marisol. *Etnicidad y género en una comunidad del Cusco*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991.

HENRIQUEZ, Narda. *Identidades y Jerarquías*. Lima, Fondo Editorial de la PUCP, 1996.

MANRIQUE, Nelson. *La Guerra del Pacífico y la crisis de la fracción terrateniente de la sierra central del Perú*. Lima, Editorial La Cantuta, 1980.

MATOS MAR, José. *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1984.

POOLE, Deborah. *Visión, raza y modernidad*. Lima, Editorial Sur, 2000.

RENAU, Ernest. *Nación y nacionalismo*. Barcelona, editorial Lux, 1986.